

## Índice

<i>La memoria de Antonio Isasi</i> , por Manuel	
Vicent .....	11
<i>Los días grises</i> .....	13
Capítulo I. El Bugatti.....	19
La mecha estaba prendida... ..	21
La incertidumbre.....	23
Voy hacia atrás .....	26
Así.....	27
Capítulo II. Escarbo entre los recuerdos .....	29
Un día... ..	31
Vuelvo... ..	32
Capítulo III. Ya estábamos en casa.....	35
¿La escalera? .....	36
La pesadilla .....	38
Pasen, pasen... ..	39
La joya.....	40
Eso era ya historia .....	42

Los días grises

Capítulo IV. En el día a día.....	45
El piso principal... ..	48
El piso segundo... ..	48
Los cómicos del tercero... ..	50
El barrio .....	52
Y al final de la calle, el horno de pan .....	53
Llegó enero... ..	54
Capítulo V. La guerra seguía .....	57
Eran días de miedo... ..	58
Antes de seguir... ..	61
Cinco meses terribles .....	63
El hotel Ritz.....	65
¿Era abril, mayo?.....	67
De nuevo el Bugatti, ¡qué cruz! .....	68
Los días monótonos.....	70
Capítulo VI. A vueltas con el pan.....	73
La subsistencia... ..	75
Hablo mucho de mi madre, pero ¿cómo era ella?.....	77
Abro otro paréntesis .....	78
Vuelvo... ..	79
San Lorenzo de la Muga .....	80
Habían pasado algunos meses... ..	85
El frente quedaba lejos, aquí seguía todo igual... ..	86
Capítulo VII. Los días se volvían grises .....	89
¡La horrible pesadilla llegaba! .....	91
El tedio... ..	99
El palomar... ..	99

Capítulo VIII. Se iban a cumplir dos años de guerra .....	101
Capítulo IX. El cambio.....	109
Las largas horas... ..	111
Las horas, los días, los minutos... ..	114
Los cacahuetes... ..	116
Un día nos levantamos y... ..	118
Una mañana... ..	120
Capítulo X. ¡Ahí estaban ya!.....	125
El exilio... ..	127
Capítulo XI. ¿Era eso la paz?.....	131
Y aquí... ..	134
Capítulo XII. ¡¡¡Otra guerra!!! .....	137
Más y más guerra.....	138
Capítulo XIII. Un niño uniformado .....	141
Aterrizando... ..	143
El tema «tabú» .....	146
Una vez... ..	147
Una de cal y una de arena .....	147
Las masas enfervorizadas.....	149
Capítulo XIV. Los «bolos».....	151
Y tantas otras cosas... ..	154

Capítulo XV. Las ratas y los otros Reyes	
Magos.....	157
Un paréntesis .....	160
Otro invierno.....	161
Capítulo XVI. La bolsa de panecillos.....	163
¿He dicho sexo?.....	169
Capítulo XVII. La constante zozobra... Aquí la vida seguía igual .....	171
¿La semilla?.....	173
Un día, otro día, y así... ..	174
¡Y dale! .....	176
Capítulo XVIII. De salto en salto.....	179
Pero vayamos al grano .....	180
Más de lo mismo, pero distinto.....	182
Donde estén .....	185
Capítulo XIX. Qué aburrimiento.....	187
Y de nuevo el sexo.....	188
La obsesión imparable... ..	189
Luego... ..	192
<i>Después de un tiempo</i> .....	197

## La memoria de Antonio Isasi

Este hombre tan soleado bajo la sal de Ibiza es Antonio Isasi, cineasta, tal vez de los pocos, por no decir el único, en el mundo del cine español que tiene un diseño de haber sido pasado, vuelta y vuelta, por la plancha de Hollywood. Su figura encaja en el perfil que uno imagina para un gozador de la vida al que los placeres le han dejado una mirada azul muy viva y una piel batida por todas las sensaciones del arte. A una edad lo más importante es que te siente muy bien la ropa.

Antonio Isasi ha hecho películas de éxito con factura internacional, alejadas de la caspa hispana. Ahora, cuando aquel oficio ha hecho historia, se ha sentado en un sillón de mimbre en una terraza frente al mar de Ibiza y se ha puesto a recordar en medio de un intenso azul que le corona el presente aquellos días grises de la guerra que están en el recuerdo. Todo el mundo tiene derecho a su memoria. Para uno mismo toda memoria siempre es histórica. Antonio Isasi ha creído que era bueno manifestar la suya propia aunque sólo sea para convertir la nostalgia en melancolía; la

imaginación del pasado, en la belleza de un tiempo recordado.

Viéndolo en el presente no es concebible que este hombre pasara penalidades de niño. Es evidente que fue un niño feliz en medio de la miseria de aquella España que se desesperaba por matarse. Con una sencillez muy elaborada va contando en este libro los pequeños avatares que constituyen el tejido de la vida y que alcanza toda su profundidad en la escalera de casa, en la esquina del barrio, en el rostro de los vecinos, en la ropa íntima femenina colgada en los tendederos del patio, en los juegos eróticos con una niña en el rellano, toda la energía que se concentraba en los juguetes, en las ruedas metálicas con bolas de acero que servían para fabricar un patín. Los primeros viajes, el primer mar, las canciones en la radio de capillita, las voces de algún vecino que decía que se habían levantado los militares en África.

Todas las cosas grandes están hechas de cosas pequeñas. A través de esta urdimbre cotidiana de sensaciones primarias Antonio Isasi atraviesa la Guerra Civil, la guerra europea, involucradas en la propia pubertad sin saber si era más importante el desembarco de Normandía que la primera caricia femenina aceptada con todo el sabor del pecado. Los días grises en Barcelona desde 1936 hasta 1945, donde Antonio Isasi pasó la niñez, es una memoria histórica. Después de tantas calamidades, un placer.

MANUEL VICENT

## Los días grises

*Hoy ha amanecido aquí un día luminoso. Camino por el campo junto a Pepo, mi perro. Lo hago habitualmente cuando el resplandeciente sol penetra entre los densos pinares que circundan mi casa.*

*Voy andando. Tengo la suerte de ser absolutamente consciente del momento en el que vivo. Mis 80 años recién cumplidos me hacen pensar y reaccionar de forma distinta a cuando era algo más joven; me parece que ahora, después de haber vivido tanto y tan intensamente, lo que voy a contar es, así lo siento, como si no hubiera sucedido. A lo largo de esos años, las cosas, los hechos trascendentales pasados, me dan como la sensación de que han perdido todo su valor, su autenticidad.*

*Pertenezco a esa generación que se va yendo despacio, sin hacer ruido, que está viviendo su último tiempo, la que lleva encima el estigma de haber pasado una cruel guerra; una juventud que se truncó en una lucha estúpida, sin sentido, como suelen ser todas las guerras; una juventud que no pudo disfrutar de ese maravilloso momento de la vida en el que se forjan las más elementales ilusiones. Fueron*

*años de angustia ansiedad, horror, en los que fundamentalmente predominaban el hambre, la incertidumbre, las bombas y el desastre, un tiempo en el que parecía que los niños como yo no teníamos futuro.*

*A estas alturas de la vida sorprende contemplar cómo la generación actual, con sus problemas de hoy, se va alejando lentamente de todo vestigio histórico pasado por muy importante que haya sido, y a la vez, resulta curioso ver cómo esa misma generación también se va anteponiendo a la anterior, y la anterior a la precedente, y constatar que así ha ido sucediendo desde que el primer habitante del mundo tuvo la más leve noción de que algo se movía.*

*¿A quién puede interesar esta historia que voy a contar?, si ya parece que todos los acontecimientos dramáticos y tremendos vividos durante nuestra guerra, como he dicho, se van alejando hacia el infinito, desapareciendo como si se fueran «deshaciendo en el aire»...*

*Qué importa hoy el millón de muertos que la triste historia se llevó por delante. ¿Y el hambre?, ¿y la miseria?, ¿y el miedo a todo lo que nos rodeaba? El terror que veinticuatro millones de mis contemporáneos tuvimos que soportar.*

*Cuando ahora he intentado relatar algún pequeño episodio de aquel oscuro tiempo, he tenido la sensación de hablar en el vacío, de que mis interlocutores reaccionaban igual que si les estuviese contando detalles de las guerras púnicas o de la hecatombe numantina. Pienso que el tiempo también se muere, y se muere lentamente, sin prisas, pero se muere.*

*Ese paseo del que hablo es frecuente; generalmente lo hago cuando puedo. Me suelo llevar a Pepo hasta el mar;*

*un rincón precioso de la isla de Ibiza, donde vivo ya hace algún tiempo. Al llegar me siento un rato sobre los restos de una pared medio derruida que se había levantado hace muchos años sobre unas rocas de un sitio llamado «La Changa», y cuyos decadentes muros actuaban de compuerta para suministrar agua a las inmensas salinas que existen en la zona.*

*Mientras me mojo los pies, en la pequeña playita que hay entre las rocas, Pepo suele hacer lo mismo, se mete también en el agua, pero sólo hasta la barriga. Luego chapotea un poco y viene a sentarse junto a mí, en eso nos parecemos mucho; yo nunca, desde muy niño, me encontré a gusto flotando entre las olas.*

*Para mí es el momento maravilloso del día; reflexiono sobre lo cotidiano intentando poner en orden lo que a diario tengo pendiente, y luego, casi siempre, aparece el instante en el que de una forma u otra, ya absolutamente relajado, suelo viajar intensamente por mi larga historia personal, mirando al mar y perdiéndome en el horizonte de los días.*

*Hoy lo tengo fácil para penetrar en mis recuerdos, repasando los días grises de mi vida. Nada parece moverse en este bello rincón; también el mar está quieto. Todo me invita a que entre en ese largo túnel del tiempo que ha quedado atrás. Hasta soy consciente de tener el mejor seguidor del relato que voy a contar. Me refiero a Pepo, que se ha sentado a mis pies y con los orejas levantadas empieza a mirarme intrigado, dispuesto a escucharme sin rechistar.*

*Pues ahí voy.*

*¿Sabes, Pepo? Hubo una vez una guerra...*

Mis ojos se dirigen hacia la cercana orilla...

Lentamente levanto la vista y la fijo en las cristalinas aguas que bañan la cala. Mi mirada empieza a deslizarse sobre la tranquila superficie del mar en busca de una época que aparece ante mis ojos tremendamente confusa; visión que poco a poco se va precipitando desde la lejanía como en un potente zoom cinematográfico que empezara a avanzar vertiginosamente para mostrar, sobre una pantalla imaginaria situada frente a mí, y en rapidísimos flashes, formas fantasmales que me sitúan vagamente en unos años felices, años en que la vida nos sonreía; lugares, hechos, objetos y figuras que apenas puedo reconstruir en esa visión surrealista que emerge sobre el horizonte indefinido de mi memoria.

Imágenes interpuestas de mi vida se van sucediendo a velocidad de vértigo mezcladas con esas fugaces apariciones de personas y situaciones que en algún momento discurrieron a mi alrededor. Retazos visuales de mi padre y de mi madre en un mundo nebuloso y contradictorio, aparecen fragmentados junto a sus grandes amigos de entonces: doña Pepita, Emilio y su hija... ¿Esperancita era su nombre?

También surgen en medio de esa amalgama de hechos muchos de los lugares donde vivimos esporádicamente: la Ciudad Lineal, el piso de Álvarez Castro, la calle de la Escalinata en Ópera... Asimismo aparece con fugacidad la época de nuestra estancia en el pueblo de San Martín de Valdeiglesias... ¿Cuál sería la razón por la que iríamos a parar allí?

Ése fue el tiempo de Madrid.

En la mezcla de imágenes remotas surge igualmente la Barcelona de Pueblo Nuevo, con la vieja familia, abue-

A n t o n i o   I s a s i - I s a s m e n d i

la, tíos, primas, sus novios (¿Celestino, Pedro?), y los largos recorridos en coche, y en la flamante motocicleta Indian, viajes aquellos con mis padres por aquel sinfín de carreteras perdidas.

Entro en la historia...



## Capítulo I

# El Bugatti

*1936. Las guarniciones militares españolas del norte de África se sublevan. Ese alzamiento desembocará en una guerra cruel que durará tres largos años.*

Me pierdo en los años lejanos. La primera imagen que viene a mi memoria de todo aquel tiempo oscuro me sitúa en una parte de la carretera de Gerona a Barcelona; concretamente en los primeros kilómetros de una recta que hay a la salida de la población de Malgrat y donde siempre, yendo o viniendo, me había llamado la atención la magnífica perspectiva que ofrecía aquel tramo del camino.

Desde mi asiento improvisado, entre el de mi padre y el de mi madre, el pobre espesor de los cojines que me habían colocado entre los dos para que pudiera ir más cómodo y la nada relevante estatura de mis 9 años recién cumplidos, apenas me dejaban ver el paisaje que se nos iba echando encima a través del pequeño parabrisas de

aquel Bugatti azul de carreras que nos devolvía a casa. Tan sólo podía ver sin esfuerzo, desde mi hundido sitio del descapotable, el paso fugaz de las copas de los altos plátanos que limitaban la visión de casi todo el panorama. Y aunque he vivido lo suficiente para ver las mil transformaciones que se han hecho en esa carretera que nos unía con Francia, la imagen enfatizada de aquellos corpulentos árboles deslizándose vertiginosamente contra el cielo, algo difuminada por el paso de tanto tiempo, me situaba siempre de nuevo en aquella experiencia viajera que, sin saberlo, tendría lugar en una fecha que iba a quedar fuertemente marcada para todos los españoles: el 18 de julio de 1936.

Fue, sería ésa, la primera visión que tendría de la guerra, y que de una forma u otra alteraría sustancialmente nuestro destino.

En realidad la insurrección contra el Gobierno leal establecido empezó un día antes del 18 de julio y tuvo lugar en el Protectorado de Marruecos y no en España. El general Mola, cabeza visible de la sedición militar, había ordenado mano dura contra todos los que se opusieran a ellos. Incluso dictó orden de fusilar sin previo consejo de guerra a cuantos elementos pudieran enfrentarse a la rebelión que empezaba. Esa insurrección, término que la retórica franquista endulzaría más tarde al reemplazarlo por palabras como «alzamiento», «levantamiento» y, la más conocida, «movimiento» nos cansaríamos de oírlas después durante años y años... A la sublevación de Marruecos siguieron capitales como La Coruña, Vigo y Lugo, y a continuación fueron Álava, Navarra, Sevilla y Castilla la Vieja...

LA MECHA ESTABA PRENDIDA...

El Bugatti se deslizaba suavemente por la carretera, una agradable brisa refrescaba nuestras caras mientras seguíamos avanzando por aquel túnel frondoso de árboles. Los kilómetros iban quedando atrás.

De pronto, frente a nosotros se presentó algo inesperado. Al salir de una curva, unos pocos kilómetros antes de llegar a la población de Mataró, cerca de Barcelona, varios grupos de milicianos armados, que ocupaban casi todo el ancho de la carretera, nos daban el alto y antes de que mi padre llegara a detener el coche, mucha de aquella gente, fusil en mano y gritando cosas incoherentes, ya nos había rodeado. La expectación que despertó la llegada del coche de carreras en ese momento fue tremenda.

Desde mi asiento, y con la pobre perspectiva que tenía delante, impresionaba ver, como si fueran pequeños gigantes, a aquellos tipos que hablaban y gritaban todos a la vez sin que pudiéramos llegar a entender nada de lo que decían. De uno de los grupos, se adelantaron un par de individuos en mangas de camisa que llevaban unos brazaletes imprecisos, pistolas al cinto y unas ostentosas cananas llenas de cartuchos colgándoles de los hombros. Recuerdo que el que parecía mayor nos pidió la documentación, a la vez que el otro nos preguntaba qué buscábamos en esa carretera en un día tan señalado como aquél, circulando alegremente con un coche de carreras.

Fingiéndolo una serenidad que yo nunca le había visto, mi padre abrió la guantera, agarró unos documentos que guardaba allí, y ocultando su verdadera condición de militar retirado, saltó por encima de la pequeña puerta del

coche y mostró un viejo carné de mecánico que tenía desde hacía tiempo, mientras mi madre, desconcertada, apenas podía contener la respiración.

Después de haberles convencido de que el Bugatti lo tenía en calidad de prueba en esos días, nos dejaron seguir adelante advirtiéndonos que no podríamos llegar a Barcelona, que había estallado una revolución, la guarnición militar se había sublevado y se luchaba fuertemente por las calles. Ante la insistencia de mi padre por continuar el viaje nos advirtieron que de la población de Badalona no podríamos pasar, ya que estaba cortada la carretera en las afueras de la ciudad, en el linde con el río Besós.

Cruzando el Maresme, al llegar a Badalona, se repetía de nuevo la historia. A lo largo del trayecto que habíamos recorrido últimamente, mis padres no cruzaron una sola palabra. En sus caras se reflejaba una preocupación indefinida ante aquel súbito panorama que volvíamos a tener delante: grupos gritando y cantando, fusil en mano, nos detenían de nuevo. Banderas rojas y negras. La confusión era inmensa por todas partes. Hogueras en las esquinas. Gente tirando muebles y enseres al fuego. La multitud empezó a rodearnos sin que nuestro coche pudiese avanzar apenas. Un grupo que estaba situado delante de nosotros nos iba señalando el camino a seguir, nos llevaron ante la Casa del Pueblo. El local estaba abarrotado de gente y un viejo altavoz colocado en uno de los balcones del antiguo edificio no paraba de dar consignas revolucionarias. Allí un destacado activista obligó a mi padre a personarse ante el comisario político de turno, mientras mi madre y yo, dentro del coche, nos quedábamos rodeados de curiosos que nos miraban como si fuésemos bichos raros.

Pasó un largo rato antes de que mi padre saliera de aquella casa. Le habían dado órdenes severas. Teníamos que quedarnos en Badalona hasta que comprobaran la veracidad de la declaración que había hecho. Su amigo Prat, de la Generalitat de Cataluña, conservador del Palacio Real de Pedralbes de Barcelona, muy amigo nuestro, respondería por nosotros, pero eso *tenían* que comprobarlo, mientras ocurría no nos *podríamos* mover de Badalona, *quedaríamos* retenidos en la fonda El Figueral —¿era ese su nombre?—, que estaba situada enfrente del comisariado, y tendríamos inmovilizado el coche hasta nuevo aviso. El Bugatti, por el momento, quedaba precintado.

Dos días más tarde, el 20 de julio, el general Mola, eje de la sublevación militar, llegó a Burgos ante el fervor patriótico de las fuerzas de la ciudad. Burgos se convirtió durante el tiempo que duró la contienda en la capital del mundo fascista.

#### LA INCERTIDUMBRE

Creo que en aquella fonda de Badalona estuvimos retenidos casi una semana, hasta que por fin nos dejaron marchar. Prat había llamado desde Barcelona al comisario político diciéndole que respondía por mi padre, que era una persona querida por él y sabía a ciencia cierta que era absolutamente adicto a la República, al Gobierno leal establecido.

Los interminables días que pasamos en Badalona flotan ahora en mi imaginación como los restos de algo caótico, difícil de clasificar desde mis pocos años. ¿Una revolución...? ¿Qué era eso? Las imágenes que recuerdo

me llevan hasta mi padre, que por prudencia elemental apenas salía de la fonda, esperando que llegara la hora de recibir el aval de Prat para poder continuar el viaje de regreso.

Una mañana, callejeando, mi madre, que me llevaba agarrado de la mano, intentaba encontrar infructuosamente un teléfono libre con el que pudiera ponerse en contacto con la familia de Barcelona. Íbamos andando en medio de un creciente vendaval humano que lo invadía todo. En aquellas algaradas protagonizadas por grupos anarquistas incontrolados llegamos a presenciar hechos y situaciones extrañas, incomprensibles, raras a mis ojos y que, desde entonces, han sido imposibles de olvidar, como la de aquel convento de clausura ardiendo por todas partes. Envuelto en llamas, por las ventanas humeantes se tiraba a la calle lo que había dentro: camas, armarios, colchones, sillas, libros... Todo iba al fuego, a la quema general, mientras la multitud que asistía al espectáculo jaleaba aquellos lanzamientos.

A lo lejos se oían los tiros. No nos pudimos acercar al barrio alto, las calles estaban cortadas. Un grupo de guardias civiles cercados en un cuartel seguían defendiéndose. Aquel pequeño reducto de sublevados llevaba varios días disparando a todo el que se acercara por las esquinas. Con las horas, agotados y sin más recursos, los pocos que quedaban con vida se fueron entregando. Luego supimos que allí mismo, a las puertas del propio cuartel, los habían fusilado...

Ese mundo de desconcierto pasaba por encima de los días y de las horas. Por las noches la actividad revolucionaria no cesaba. Sucesos como ése eran promovidos por

grupos que, aprovechando el ataque a la legalidad vigente, intentaban realizar una revolución anarquista. De aquel comisariado entraban y salían sin cesar tipos fuertemente armados.

Desde la ventana de la pensión veíamos ese tenebroso ir y venir nocturno. Se decía que era el momento en el que se producían las «purgas» y que desde allí, una vez celebrados los juicios sumarísimos dirigidos por un jurado popular improvisado, sacaban a la gente por la puerta trasera y en unas camionetas se la llevaban para hacerla desaparecer por los montes cercanos antes de que amaneciera.

La fobia anticlerical era tremenda, como si en ella se conjugasen venganzas y revanchismos pendientes. No recuerdo bien de qué iglesia se trataba. Seguíamos insistiendo en llegar hasta un locutorio desde el que se pudiera celebrar la conferencia pendiente con Barcelona, cuando pasamos por una plaza que estaba llena de gente enardecida. Yo estaba asustado y agarraba a mi madre fuertemente de la mano. Gritos, cantos de guerra. Una impresionante humareda lo invadía todo. Al fondo, el templo estaba ardiendo. La visión que teníamos delante era como una ceremonia del fuego. Del rosetón frontal, destrozado, salían unas impresionantes llamaradas, mientras las figuras de los santos arrancadas de sus altares, confesionarios, cuadros, efigies religiosas, cruces, libros y bancos eran lanzados a la calle desde su interior, todo coreado por gritos y aplausos de la multitud, que parecía estar encantada con aquel insólito espectáculo.

La cripta de la iglesia había sido invadida por un grupo de jóvenes. De pronto, entre las llamas aparecieron

unos cuantos activistas portando lo que parecía un viejo baúl cubierto de una rara ceniza. Detrás, otro grupo más numeroso siguió sacando del interior del templo aquella especie de extraños sarcófagos.

Ya eran siete u ocho los ataúdes que habían reunido frente a la explanada. Allí, cuando los tuvieron todos en fila, fueron arrancando una a una las tapas, dejando entrever los restos de los cuerpos calcinados que los ocupaban. Decían que eran momias de monjas que estaban enterradas desde principios de siglo. Mientras el fuego lo invadía todo, aquellos exaltados fueron lanzando por la rampa, calle abajo, el extraño botín, destrozando contra los adoquines los cuerpos y las maderas de aquel pedazo de historia que había permanecido oculta durante años y años en los sótanos de la iglesia. Pero ¿qué era aquello que estaba pasando?

#### VOY HACIA ATRÁS

Un mes y medio antes de que ocurrieran esos sucesos, circulábamos por la misma carretera, pero en sentido contrario. Íbamos hacia Gerona, donde mi padre había reservado una celda en el Santuario de los Ángeles. Nunca supe el motivo por el que nos trasladamos a vivir a ese lugar. ¿Fue ese viaje una oportunidad que propiciase la reconciliación de mis padres?

Hacía poco que habíamos regresado de Ibiza, donde permanecimos casi tres años. Tampoco sé bien las razones que nos llevaron hasta allí en aquellos días... Por lo visto, en Madrid algún amigo de mi padre le había hablado de

la isla como si de un paraíso se tratara. Era un lugar al que acudían artistas de todas las partes del mundo y en donde verdaderamente la vida no costaba casi nada.

De las imágenes que uno no olvida nunca, me parece ver aquel momento de mi niñez en que el barco que nos trasladaba desde Barcelona doblaba el faro de Es Botafoch. De ese instante recordaré siempre la maravillosa visión que en las primeras horas del día ofrecía la impresionante imagen de Dalt Vila, con el viejo castillo coronando la bella población ibicenca.

Vivimos primero en la ciudad, donde mi padre montó un restaurante en el mismo puerto. Lo bautizó como «La Bola Negra», nombre premonitorio que, después de un tiempo de prueba, lo abocó a un rotundo e inesperado fracaso. Más tarde nos trasladamos a San Antonio, en la parte opuesta de la isla, allí mis recuerdos se pierden en la infinidad del tiempo...

Se superponen en mi cerebro imágenes dispersas de aquellos días...

Así

... En Ibiza, mis paseos solitarios por ese puerto oyendo por el altavoz del viejo bar infinitas repeticiones de la canción mexicana... *La cucaracha, la cucaracha ya no puede caminar...*

... Las reuniones bohemias en el viejo bar de La Marina, donde los artistas se reunían todas las noches enfatizando éxitos y contrastando puntos de vista sobre el desarrollo de sus lúdicas actividades...

... Mi padre y sus amigos yéndose en la canoa de Obras Públicas de merendola hasta la isla de La Conejera, en la bahía de San Antonio...

... El señor Morera, huésped también de la fonda La Esmeralda, que nunca se quitaba el *canotier* de la cabeza, emulando a Maurice Chevalier, y que siempre protestaba porque le servían la sopa demasiado caliente...

... La extraña imagen de dos perros que, tirando cada uno para un lado, iban enganchados por la calle en aquella rara postura sin poderse separar...

... Los pescadores de la bahía echando las redes a mano desde la orilla, junto a nuestra casa, y la recogida de los peces que habían agarrado...

... En el cine del pueblo viendo películas mudas (aún no había llegado el sonido) del *Far West* amenizadas por un tipo que tocaba el piano durante la proyección...

... Cuando descubrí encima de un armario los juguetes que debían traerme los Reyes Magos y supe que eran mis padres quienes los habían comprado, perdiendo ya, para siempre, la ilusión del dulce y maravilloso engaño...

... Y las meriendas que organizaba mi madre con la familia Prat y mis amigos, sus hijos...

En las últimas semanas de nuestra estancia en la isla parece que entre mis padres surgieron problemas sentimentales motivados por la aparición de una modelo alemana por la que mi padre había perdido la cabeza: «Antonio..., tu padre nos ha abandonado. Se ha ido con la nariguda. Tendremos que hacer las maletas y regresar a casa».

Cuando, de vuelta de Ibiza, entrábamos en el piso de Barcelona, mi padre nos esperaba avergonzado.

## Capítulo II

# Escarbo entre los recuerdos

*El 1 de octubre de 1936, en la ciudad de Burgos,  
Francisco Franco era nombrado Generalísimo de todos  
los ejércitos insurgentes.*

El Santuario de los Ángeles está situado a pocos kilómetros de la ciudad de Gerona, en lo alto de un monte que domina prácticamente toda la provincia; es un espectáculo maravilloso desde el que puede verse todo el macizo del Montseny y la Costa Brava hasta la población de Rosas, con el fondo de los montes pirenaicos que nos separan de la frontera francesa.

A estas alturas me resulta imposible intentar reconstruir la cronología del tiempo pasado en aquel monasterio, pero grandes destellos de nuestra vida allí dan protagonismo a los personajes y a las circunstancias que siguen estando vivos en mi cerebro. Era un lugar apacible, solitario, bello; rara era la vez que aquella paz se alteraba por visitantes ocasionales.

En la entrada que daba acceso a la escalera que conducía a las celdas había unos bancos de madera. En ese lugar, cada tarde el cura rezaba el rosario, ceremonia a la que era difícil sustraerse y que a mí me parecía de una pesadez insoportable. Esa nave daba paso a la iglesia, y siguiendo un largo corredor oscuro llegabas a la sala de los exvotos, estancia que me producía tremendos espasmos de miedo desde la primera vez que la vi. Figuras fantasmagóricas de cera lo poblaban todo. Junto a cirios y velas encendidas, piernas, manos, barcos, remos, corazones con lazos, banderolas y los más extraños objetos que uno pueda imaginar colgaban del techo ocupando casi todo el espacio del fúnebre lugar.

El cura, mosén Josep, un hombre ya mayor, y Celia, su sobrina, regentaban el santuario. Ella, que era una joven de buen ver, cada dos o tres días bajaba a Gerona a por provisiones. Lo hacía en una motocicleta Harley Davidson con sidecar, lo cual constituía en aquellos tiempos algo verdaderamente insólito. Alguna vez la habíamos acompañado en nuestro deportivo hasta la ciudad, siguiéndola a lo largo de aquella peligrosa carretera de tierra llena de vueltas y revueltas. Recuerdo la expectación que siempre se producía entre la gente cuando llegábamos frente al mercado en nuestros raros vehículos.

La celda que ocupábamos era grande. Estaba presidida por una gran cama de matrimonio y al otro lado de la habitación habían instalado un jergón para mi uso. En uno de los rincones, el viejo armario, y a su lado, colgando de la pared, un extraño lavabo y su toallero correspondiente.

Alguna noche, ya de madrugada, cuando el silencio lo dominaba todo, un hecho singular me había llamado la

atención, despertándome. Cuando teóricamente yo tenía que estar en mis mejores sueños, unos ruidos compulsivos apenas perceptibles llegaban desde la cama de mis padres acompañados de unas respiraciones entrecortadas y jadeantes. A través de las sábanas que me cubrían la cabeza y en medio de la semioscuridad que invadía la estancia, presencié por primera vez en mi vida lo que más tarde conocería por el término de «hacer el amor». Mis padres hacían el amor en aquellas madrugadas. Fue mi primer encuentro con una sensación que me inquietaría con el tiempo...

UN DÍA...

Creo que fue un viernes a media mañana cuando aparecieron por el Santuario unos seres extraños muy bien trajeados. Se reunieron con el cura y con mi padre, comieron juntos y se pasaron muchas horas charlando intensamente. Cuando se puso el sol ese día, hacía rato que se habían marchado.

—Cariño, las cosas se están poniendo muy mal en este país. Hay mucha inquietud política. Han asesinado a Calvo Sotelo y las tropas están acuarteladas. Mañana volveremos a Barcelona —le decía mi padre a mi madre.

Debían de ser las nueve de la mañana cuando llegábamos al hotel Ter de Gerona para desayunar. El tiempo del Santuario había quedado atrás y ya estábamos de vuelta. El ambiente por las calles era raro. Las tiendas estaban cerradas y pequeños grupos charlaban por las esquinas. En el comedor del hotel se palpaba un ambiente extraño. En medio de aquella expectación una voz se des-

tacó diciendo que en África se habían sublevado las tropas de un general llamado Francisco Franco.

Por lo visto, Franco no perdonó nunca a Azaña, presidente de la República, el que éste le reemplazara como jefe del Estado Mayor del Ejército y que, para sacárselo de encima, lo mandara lejos, a las Islas Canarias, como comandante general.

Chocante, aquel viaje de vuelta en el que el único coche que se dirigía a Barcelona era el nuestro, mientras se cruzaban camino de Francia los que huían de la hecatombe que, sin saberlo bien, se nos iba acercando.

Dos horas más tarde, como he contado, nuestro Bugatti llegaba a Mataró, donde los milicianos nos paraban en plena carretera.

VUELVO...

Badalona había quedado atrás. Ahora, Barcelona era una ciudad distinta a la que habíamos dejado un mes y medio antes. Resultaba difícil circular por sus calles. Todo andaba revuelto. Montones de adoquines arrancados del pavimento habían servido para levantar barricadas en los sitios más estratégicos. La Plaza de Cataluña presentaba un aspecto desolador, hasta el día antes de nuestro paso por allí se habían producido duros enfrentamientos. En unos camiones se estaban cargando los cuerpos de varios caballos muertos que estaban frente al edificio de Telefónica. Una mezcla de canciones revolucionarias saturaba el aire mientras a lo lejos se seguían oyendo disparos y cañonazos. Íbamos circulando. A cada momento las patrullas nos pa-

raban para pedirnos los papeles. El salvoconducto que le habían entregado a mi padre en Badalona era leído y releído por los controles antes de que pudiéramos seguir. Según en qué sitios, nos hacían bajar para registrar el coche.

Intento ver la cara de mis padres en aquellos momentos de tensión, pero me pierdo frente a la espesa bruma acumulada desde entonces. Imagino la angustia que sentirían ante esa gente que nos miraba incrédula, con una extraña mezcla de curiosidad y desprecio.

Pienso que gran parte de los problemas que íbamos teniendo en el camino nos los creaba la aparición de nuestro coche. ¡Qué hacía un deportivo de carreras en medio de una revolución! Era como una provocación andar entre aquellas algaradas con ese signo representativo de un rancio capitalismo.

Cuando enfilamos las Ramblas ya nos faltaba poco para llegar a casa. También en la calle Hospital, nuestra calle, todo había cambiado. El paso era estrecho a causa de la gran barricada levantada con adoquines para controlar el paso hacia la plaza de San Agustín. Frente al bar La Flor, un considerable grupo andaba pendiente de las noticias que llegaban a través de la radio. Aún no se sabía bien en qué puntos de España había triunfado la sublevación de los militares.

De cualquier forma, nuestra llegada fue sonada. Siguiendo la misma pauta de lo sucedido en otras paradas, la gente se arremolinó junto a nosotros, sin dar crédito a la anacrónica estampa que tenían frente a sus ojos. Ya en el portal, el dueño del bar y varios de los clientes que nos conocían calmaron los ánimos presentando a mi padre como una persona buena y querida por todo el barrio. Por fin habíamos llegado, parecía mentira.